

EN VIVAR



INTIENDO el Cid que el nuevo soberano no está bien dispuesto hacia él, prefiere retirarse a sus tierras a quedarse en Burgos. Allí esperará que el tiempo haga comprender a Alfonso quién ha sido el más digno de todos sus vasallos.

Harta falta hace el Cid en sus tierras. Sus ricas heredades y haciendas, Vivar, Silos, Cardeña, hace tiempo que le reclaman. Su tierra le recibe sombrero en mano, radiante, llena del sol de su gloria. Grandes son sus tierras y necesitan muchos cuidados.

El caserón de Vivar, fuerte, viejo, negruzco, se pone blanco al contacto de su señor.

Allí se ha instalado el Cid, y con él sus familiares. El retorno de sus mesnadas tiene toda la villa en fiesta. Vivar parece una feria. Alegres las mozas miran pasar los soldados que han combatido con el señor. Todos traen reflejos de heroísmo, todos tienen algún fragmento de Cid en sus personas.

Las veladas son un largo rumor de hazañas en torno a los braseros. Vivar sueña batallas, duerme entre espa-

V. HUIDOBRO

das. Se enreda la epopeya en los cabellos de los chicos dormidos, reduce a mitad la edad de los ancianos y dobla la edad de los niños.

Todo se hace indómito, llameante, varonil. El lenguaje toma timbres de acero. En las tierras del Cid se habla un español más seco, más alto, más épico que en el resto de España. Se habla en poema. Las palabras tienen reverberaciones de milagro.

Un día se anuncia que vienen los enviados de los reyes moros vasallos del Campeador a pagar su tributo. El pueblo los mira entrar en la mansión del amo con la mayor naturalidad del mundo. Nadie se extraña de ese desfile de cuento de hada. Viven en lo maravilloso y ellos se consideran en Vivar más que en una corte, se sienten más grandes a la sombra del Cid que a la sombra de un rey.

Con sus mulas cargadas de riquezas entran los quince emisarios moros en el patio de la augusta casona.

Junto a los corredores, un hombre en un dolmán de cuero, cuenta sacos de trigo. Al otro lado el Cid conduce a Babieca al bebedero.

—Señor—dicen los moros—, buscamos a Mío Cid.

—Yo soy—contesta el Campeador, acariciando el cuello de Babieca.

Los moros le miran extrañados. Ese hombre vestido toscamente, sin sedas, sin oro, sin contray; ese hombre que hace el oficio de un peón junto a un caballo, ¿ese hombre es el héroe del mundo, es el terror musulmán, es el ídolo cristiano?

Los moros se miran entre sí, vacilan, abren los ojos. El Cid sonrío. Los moros se consultan, se hablan en secreto. El Cid sonrío con las alas abiertas de sus labios francos.

—Cuando mis armaduras se reposan—dice—yo soy

un buen labriego. Hombre de la tierra, vuelvo a ella; ella es siempre fiel y siempre generosa.

¡Oh el gran hidalgo labrador!

—Mío Cid, he aquí el tributo de vuestros reyes vasallos: caballos, mulas, pavos y gallinas, marfil, oro, seda y piedras de valor. Os envían lo mejor de su haber con sus saludos y su pleitesía. Al mismo tiempo os mandan decir que son muchos los desmanes que comete el cruel Abenamic, arrasando sus tierras y robando su ganado.

—¿Quién es ese Abenamic?

—Es el jeque que se ha instalado en un viejo castillo en los pinares de Alcolea. Es un hombre terrible y sanguinario, sin respeto a ley ni a pactos.

—Está bien. Dad las gracias a vuestros amos y decidles que yo me entenderé con ese jeque. Pasad la noche en Vivar; os haré preparar posada y mañana partiréis.

En el patio del solar, el Cid reparte los tributos entre todos los suyos proporcionalmente, como es su costumbre, y en la noche hay gran fiesta en Vivar.

Entre gritos de alegría se muestran unos a otros los repartos del Cid. Cada cual lleva a su casa lo que le ha tocado y vuelven a las calles a cantar y a bailar.

Se encienden grandes luminarias. Todo es risa y alborozo. Brillan las pupilas de fogatas y de mosto.

Los quince moros, son quince barbas sentadas sobre los talones y bajo los turbantes. Son treinta ojos fascinados desde el fondo de una Arabia de incienso y sueños.

Miran pasar las rondas, y las almendras dulces de sus ojos evocan un paraíso de huríes con árboles cargados e senos maduros, tan cargados que las ramas se doblan encima de los labios.

Y piensan los moros: ¡Ah! Si entre nosotros hubiera ahora un guerrero como Mío Cid.